

Acerca de la novela *Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena*, de Ginés Campillo de Bayle *

Santiago DELGADO
*Real Academia Alfonso X el Sabio ***

Resumen: Estudio de una novela de 1690, ambientada en una finca del Campo de Cartagena, llamada «El Lentiscar». Capítulo a capítulo, analizamos los sucesos y los vinculamos a los tópicos del Barroco español más tardío. Como en el *Decameron*, los protagonistas acuden a esta villa, a fin de curar la melancolía de una monja exclaustrada de poco más de 16 años. Las fiestas que a la doncella se le hacen recuerda a la estancia de Don Quijote en el Palacio de los Duques. Allí, lo popular se mezcla con lo elitista, los sucesos gratos con los dramáticos, y los lugares triviales con los mágicos. La Historia se halla presente: las incursiones de los piratas berberiscos, la descripción del monasterio de San Ginés de la Jara, la presencia de don Luis Fajardo, en clave de galán de la doncella. La historia acaba en tragedia, con la muerte del enamorado, y la vuelta al claustro de Filomunda, apropiado nombre de la damisela.

Palabras clave: Novela finales del XVII; barroco tardío español; fantasía y moralismo; Cartagena.

**About the novel titled *Pleasures and Displeasures of «Lentiscar of Cartagena»*
by Ginés Campillo de Bayle**

Abstract: We study a novel written in 1690, it is set in an estate located in Cartagena Countryside called «The Lentiscar». Step by step, we examine the events and link them to the later Spanish Baroque. As in *Decameron*, protagonists come to this villa to cure the melancholy of a secularised nun just over 16 years. The parties that they organize for the demoiselle recall Don Quixote in the Palace of the Dukes. Wherever the popular is mixed with the elitist, the pleasant events with dramatic events and trivial places with magical places are alternated. The story is present: raids by Berber pirates, description of the monastery of San Ginés de la Jara, or the presence of don Luis Fajardo, in key demoiselle's beau. The story ends in tragedy with the death of beau, and the return to the cloister of Filomunda, appropriate demoiselle's name.

Key words: Late XVII century novel; late Spanish Baroque; fantasy and moralism; Cartagena.

* III Congreso Etnográfico Nacional del Campo de Cartagena dedicado a la «Religiosidad Popular en el Campo de Cartagena. El monasterio de San Ginés de la Jara». Cartagena, 24-26 de octubre de 2012.

** Email: santdo@gmail.com.

Tomando como recurso el ya manido tópico, el presente trabajo puede inscribirse en el ancho campo de lo titulado como «Crónica de una decepción anunciada», remedo del famoso título de García Márquez, convertido ya casi en aforismo. Pero, acaso, en esta ocasión, podemos añadir que se trata de una decepción anunciada y comunicada; no tanto expandida. Y es precisamente por este último considerando, por lo que podemos dar credencial de validez a estas páginas que en ésta misma comienzan. La decepción ya la dejó establecida don Ginés García Martínez, aquel gran cartagenero, en su discurso de ingreso en la Academia Alfonso X el Sabio, entonces todavía no Real. Era 1974, y don Ginés escribía: «...*anticipo desde ahora que no he obtenido el fruto que perseguía...*».¹

Don Ginés, mal avisado por el introductor de la reedición de 1949,² inició el estudio de la novela de Campillo de Bayle con la esperanza de encontrar léxico antiguo propio de los hablantes del Campo de Cartagena, que explicase el léxico de su propia contemporaneidad de filólogo del siglo XX. Léxico que él conocía de ordinario, merced a su profesión de Inspector de Educación que le hacía viajar por toda la comarca del Campo de Cartagena. Se veía ayudado por su formación universitaria en el tema. Fue un dialectólogo a la busca de localismos escritos de hacía 265 años, que hubiesen perdurado hasta su presente. No encontró nada.

Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena es una novela barroca, tardía y cortesana. Es decir, no se ocupa de la realidad natural, sino de una realidad ideal que juzga de mayor relevancia. Traslada a la prosa los retorcimientos externos (de significante) gongorinos y los internos (de significado) quevedescos, y nos atiborra de mitología, religiosidad contrarreformista y cortesanía trovadoresca trasnochada. Todo ello apoyado en la sentenciosidad calderoniana y gracianesca. Todos estos ecos, claro, llevados al retorcimiento que acerca a lo epigonal, tanto como lo aleja del buen gusto y el genio. Tal proyecto, a más de 80 años de la primera edición del *Quijote* es reo de lesa literatura.³ Y ello, a pesar de que podemos apreciar la huella de la magna novela cervantina en la de Campillo.⁴ El

1 GARCÍA MARTÍNEZ, Ginés, MUÑOZ CORTÉS, Manuel: *Notas a Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena*, Discurso leído el día 18 de diciembre de 1974 en su recepción pública, por el Ilmo. Sr. Dr. Ginés García Martínez y contestación del Ilmo. Sr. D. Manuel Muñoz Cortés, Murcia: Ed. Academia Alfonso X el Sabio, 1974.

2 VALERA HERVÍAS, Eulogio: *Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena (Novela del siglo XVIII)*, Presentación, Madrid: Ed. Almerara, 1949.

3 El *Quijote*, compuesto en imprenta en 1604, vio la luz editorial en 1605, Juan de la Cuesta, impresor, Francisco de Robles, editor. En 1689, año de edición del *Lentiscar*, tiene 84 años de vida.

4 Los sucesos de los *Gustos y disgustos* del sexto día de autos referencian los capítulos del primer *Quijote*, en torno a los capítulos 37 y siguientes.

autor desdeña la Picaresca y obvia lo más de la revolución narrativa del genio de Alcalá de Henares. Se atiene a una literatura al servicio de la propia Literatura, de la religión y de la estructura feudal de la sociedad, y huye, por tanto, de la referencia popular verista. De ahí la nula pertinencia sobre la Antropología de esta novela. Por ello, creemos bien acertado no concederle valor testimonial a la alusión que se hace al baile de las labradoras del capítulo y que, sin embargo, algunos consideran anotación de la realidad y origen del trovo o manera alguna del cante de las Minas. En nuestra lectura no es sino la trasposición artificiosa al ideal rústico de una realidad cortesana, existente únicamente –si cabe– en las castas aristocráticas de finales del XVII. Lo mismo pensamos de la suposición de José Sánchez Conesa⁵ de la imposibilidad de atribuir a las coplas de galanteo insertas en el libro de Campillo de Bayle, valor de antecedente del trovo actual. Pensamos que todas ellas son obra del propio presbítero ilicitano, autor de la novela. Ginés Campillo de Bayle es responsable de todo el libro entero, verso y prosa. No hay empirismo alguno, según nuestra tesis. Sus versos son desabridos, decididamente feos, válidos únicamente en su perfección métrica, y no siempre. Carecen de gracia e inmediatez, al contrario que los genuinamente populares. Anotemos que la mayor parte de los versos del mismo Cervantes corrieron la misma suerte, según conocida confesión propia.

Pero, al margen de que no sea posible rastrear localismos en la novela y de que apenas se pueda conceder, en nuestra opinión, valor de testimonio a coplas, bailes y músicas, en la obra insertos, sí es congruente conceder credencial antropológica a dos episodios: las carreras de cintas –muy al principio de la novela– y el túmulo funerario de don Joseph Faxardo –prácticamente al final–. Son, creo las dos únicas ocasiones en que el autor echa mano de algo observado por él mismo, que no leído o estudiado. A su debido tiempo las señalaremos y analizaremos. Campillo de Bayle conoce y cree en una única realidad: lo católico, de lo que es subsidiario la monarquía española y sus aristócratas. Ambas parcialidades ejercen la autoridad absoluta, de origen divino, sin impedimento alguno. También cuenta la mitología grecorromana, a modo de ornato culto, que da lustre y categoría a su prosa. Prácticamente, todo es inventado. De Bayle no concibe otra forma de escribir. La realidad cotidiana de la gente del común queda fuera de su experiencia literaria, de manera natural. Cervantes sí concibió que esa realidad fuese materia de novela. Antes que él la Picaresca también lo hizo, pero

5 SÁNCHEZ CONESA, José y PEÑA MANOTAS, Vicente: «Trovalia, festival internacional de poesía improvisada y cantada en Cartagena. El trovo desde sus orígenes hasta la era de la globalización», *Revista de Folklore*, II Época, n° 343, Valladolid, 2010, pp. 25-32. Dirigida por Joaquín Díaz. Juan Ruipérez Vera también postula el nacimiento del trovo cartagenero en las migraciones almerienses del XIX, si bien mezclado con algo de la zona, que desde luego no puede ser lo descrito por De Bayle.

transcribió tal realidad en forma de hipérbole. Y antes aún que la Picaresca, *La Celestina* mostró la cruda realidad de una ciudad castellana de finales del XV.⁶ Por eso, creemos, no hay que asociar los párrafos de don Ginés Campillo de Bayle a la realidad. La Antropología queda fuera de juego, como arma para analizar la novela *Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena*.

Así las cosas, cabría preguntarse: ¿por qué seguir? Estando en un congreso dedicado a la Etnografía de la comarca, en su perspectiva religiosa, sería entendible cesar en este momento, y dar por terminado el asunto. No hay caso. Busquen en otra parte. Se entiende por Etnografía una parcialidad de la Antropología: «La Etnografía es el estudio directo de personas o grupos durante un cierto período, utilizando la observación participante o las entrevistas para conocer su comportamiento social, registrando una imagen realista y fiel del grupo estudiado» (A. Giddens).⁷ En *Gustos y disgustos...* no hay nada directamente etnográfico, pero sí lo hay indirecto. Muy indirecto y muy poco. Así que, acaso partiendo de que no se va a encontrar nada, quizá algo se pueda hallar. La realidad es tenaz elemento, que se filtra por cualquier rendija...

Dicen todas las referencias que la escasa valoración de la novela se debe a su primer lector crítico: George Ticknor,⁸ hispanista norteamericano (1791-1871), que apreció su carácter decadente. La Historia de la Literatura española contempla la fecha de 1681, año de la muerte de Calderón de la Barca, como fecha de cierre del Siglo de Oro. La novela del Lentiscar se edita en 1689, en Valencia. Se reedita en 1691 y hasta 1949 no vuelve a ver la imprenta, con prólogo de Valera Hervías, quien, con premura imprudente, habla de costumbres y usos del Campo de Cartagena en sus páginas. Son las indicaciones que equivocaron a don Ginés García Martínez. En 1971, Rafael Lapesa,⁹ poniendo las cosas en su sitio, sitúa a la novela su exacto lugar: la narrativa cortesana del XVII, iniciada por Tirso de Molina con *Los Cigarrales de Toledo*. En la misma Murcia tenemos otro ejemplo de este tipo de narración encadenada o protonovela alejada de la observación realista: *Las Auroras de Diana*, de don Pedro de Castro y Añaya, impresa en Málaga en 1640 reeditada por la RAAX.¹⁰ El esquema arranca en Boccaccio, con su *Decameron*. En España, Tirso le da versión barroca y

6 *Comedia de Calisto y Melibea*, Burgos, 1499.

7 GIDDENS, Anthony: *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, 1984.

8 TICKNOR, George: *Historia de la Literatura Española*, Nueva York y Londres, 3 volúmenes, 1849.

9 LAPESA, Rafael: «El Lentiscar de Cartagena», *Insula*, nº 52, 1952.

10 CASTRO AÑAYA, Pedro: *Auroras de Diana*, Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1989. Edición a cargo de M. Josefa Díez de Revenga.

De Bayle, Castro y tantos otros, siguen la estela. El esquema es el siguiente: por alguna causa, gentes nobles, instruidas, desocupadas –y algo cursis–, se encuentran en una quinta o palacio / castillo en despoblado. Allí, o bien suceden acaecimientos concatenados o bien los retirados cuentan historias con pie forzado, por turno. *Los Cigarrales de Toledo* es el modelo inmediato para De Bayle.

Analizaremos la novela, paso a paso, indagando, como hemos dicho, los rastros y señales de alguna referencia antropológica.

El primer capítulo se titula «AL ILUSTRE SEÑOR DON PEDRO DE MOLINA, MARQUÉS DE CORBERA, Y REGIDOR PERPETUO DE LA CIUDAD DE MURCIA». Según norma literaria, se dedica la obra a un mecenas, que, se supone, corre con los gastos. De Bayle hace un recorrido por los ancestros aragoneses del marqués, con lujo de citas clásicas, y acaba aludiendo a don Joseph Faxardo, malogrado héroe de la novela, y hermano del marqués de los Vélez de «quien sigue el argumento». Aunque se disculpa porque lo que cuenta de él no ha de ser «concluyente». De tal alusión deducimos que si bien la muerte de don Joseph en la isla de Tabarca (entonces de Santa Pola) es cierta, no lo son tanto sus amores y sus presencias en la Quinta del Lentiscar.

Viene luego la APROBACIÓN por parte del correspondiente del SANTO OFICIO, fray Tomás Pichón, breve y concisa.

Comienzan a continuación las COMPOSICIONES POÉTICAS en alabanza de la obra. Tres décimas, un poema en latín y un soneto de un primo suyo, quién sabe si el único verdadero...

Y entramos en el PRÓLOGO, «De mi motivo sale», dice el ilicitano presbítero, achacando su intento a sí mismo y a nadie más. Y aclara que algo de lo que allí se cuenta es verdadero suceso. Otro algo, no. Y no nos separa, en casi ninguna medida, lo distinto. Aquí nos esclarece el sentido del nombre de la protagonista: Filomunda. Se excusa por ser mitad latino, mitad griego; pero así, dice, es mejor: enamorada del mundo. Obvia el bueno de Ginés Campillo de Bayle, que no está, ni estaba ese nombre en el santoral católico. Error no pequeño en una obra tan pretendidamente ejemplar. De esta Filomunda nos aclara que sus amores con don Joseph Faxardo no ocurrieron en verdad, como sí ocurrió la desgraciada –«mejor gloriosa», dice el autor– muerte en acto de servicio a la patria. O al Rey, que entonces era lo mismo.

Comienza entonces a numerar las páginas el impresor valenciano. «INTRODUCCIÓN A LA OBRA. CAPÍTULO PRIMERO: DESCRÍBESE LA CIUDAD DE CARTAGENA».

Comienza por la fundación de Cartagena, por parte de los Bárquidas, para reponerse de la pérdida de Barcelona, en manos romanas tras la última paz de la correspondiente Guerra Púnica. *Tienen un puerto, el mejor de España, y uno de los mejores del mundo*, dice el autor, citando clásicos. Y habla de sus riquezas minerales. Describe el puerto, entre las dos montañas que la resguardan. Tiene una curiosa metáfora: la espuma de las olas en Cartagena es la camisa de la culebra de cristal –la tormenta– que despojada es de su piel por las dos montañas cartageneras. Menciona, sin nombrarla a la isla de Escombreras. De esta omisión podemos proponer acaso pobre credibilidad para el autor. Pues habría podido explayarse con los mitos de Hércules, cuyo patronímico dio nombre primero a las isla. Habla de una roca o fondo de arena a flor de agua que impide la entrada a enemigos. Hoy, ese escollo, llamado por los marinos Losa o Laja, quedó oculto porque es –creo haber entendido en las webs consultadas, de toda fiabilidad– el término del dique llamado de La Curra. Debe ser donde se levanta el faro.¹¹ Respecto de la tierra firme, habla del Cerro del Castillo. No lo nombra ni de Asclepios, ni de la Concepción. Menciona las numerosas ruinas de la ciudad, que la honran. *Habitada y populosa*, dice de la urbe. A continuación habla de una fuente copiosa (¿la Fuente de Cubas?), que se sangra por cinco venas: Arrabal de San Roque, plaza de San Sebastián, plaza de San Francisco, plaza Mayor y Muelle del Puerto. En este último enclave cita una copa de mármol, presidida por un águila que lleva niño sobre sus espaldas. Aclara que es Ganimedes, raptado por Júpiter. Continúa haciendo del entorno de media legua de la ciudad, hortal copioso y lugar ameno, repleto de gentes laboriosas y felices. No en vano, será ese escenario el centro de su novela.¹² Emplea la expresión *tiro de arcabuz* para medir la distancia de la Principal de las Islas Hormigas (sin mencionar topónimo), a partir de cabo de Palos. Luego, habla de 3 leguas (casi 20 km) –la distancia que hay, Manga por medio– hasta los términos de Murcia, presumiblemente los de San Pedro del Pinatar. Habla de La Manga como barrera contra los piratas berberiscos. Del clima cartagenero, elogia citando a Plinio: *por todo el tiempo se hallan rosas*. Empieza aquí a citar a Cascales, de quien hará seguidismo abusivo en la descripción del monasterio de San Ginés de la Jara, según señala don Ginés García Martínez. Y aquí se autobiografía parcialmente. Habla, en pasado, de los cuatro años que en Cartagena habitó, siendo capellán de una de sus más ilustres casas. Recuerda Cartagena como patria natural, contrastando con la

11 <http://ropdigital.ciccp.es/pdf/publico/1897/1897_tomoI_1116_05.pdf>

12 Acaso el mayor mérito de Campillo de Bayle haya sido el «literaturizar» una comarca. No sólo el Lentiscar, sino una zona más amplia: la que va desde Cartagena hasta cabo de Palos y el mismo Lentiscar, situado en las cercanías de La Aparecida. También la isla de Tabarca.

suya, Elche, que lo *desterraba impía*. Quizá esa lejanía de Cartagena explica sus omisiones toponímicas. No sería fácil entonces encontrar documentación geográfica en aquellos tiempos, de esos datos menores, que su memoria no guardó. Gloria su pasado púnico y romano y hace hincapié en el honor conferido a la ciudad por los Cuatro Santos, a los que supone nacidos en Cartagena todos cuatro. Otro error.¹³ Análoga cada santo a uno de los elementos naturales que la Ciencia Antigua contemplaba: aire, agua, tierra y fuego. Y concluye el prólogo.

En el CAPÍTULO SEGUNDO. PROPÓNESE FILOMUNDA EN UN CONVENTO, DISGUSTADA DEL ESTADO DE RELIGIOSA, nuestro novelista entra en materia. Comienza en el convento de la Concepción, Clarisas de San Francisco. Nos aclara que por traslado, en el presente novelístico, el convento se llama de San Jorge. Y las monjas tan contentas de llevar la roja cruz en el pecho, como el héroe santo de la Capadocia. Ambos conventos existieron en el presente del autor. Del convento de San Jorge era patrono la nación genovesa de Cartagena y estaba en la calle Subida a las Monjas, muy próximo al Gobierno Militar y a la Iglesia Mayor o de Santa María de Cartagena.¹⁴ Sabido es que con la Desamortización desapareció la totalidad de conventos en la ciudad. Bien, Filomunda muestra a sus padres voluntad de entrar en convento a los diez años.¹⁵ Ni más, ni menos. Una tía suya, de nombre Prudenciana –nombre tan simbólico como el de su sobrina– ayuda a que los padres de la chica accedan a la voluntad de la niña. Toda la ciudad, dice Campillo, acudió a la toma de hábito. ¿Es esto un síntoma de religiosidad popular o es una hipóbole interesada del clérigo que es Campillo de Bayle?¹⁶ Conocemos ahora el nombre de los padres. Ortensio (*sic*) y Eufrasia. Se daban seis años a la niña para formarse como profesa clarisa en el de San Jorge. La niña asombra todas por su devoción, formación en lecturas religiosas y doctas. Mas *el enemigo común del hombre* tienta a Filomunda con apetencias propias de su mismo apelativo y, llegados los 16 años, la niña no muestra deseo de profesar definitivamente. En un monólogo interior *avant la lettre*, Filomunda desarrolla su *ni tengo por qué, ni quiero...* respecto de continuar en el convento. Prudenciana, juzga llegada la hora de apremiar a su sobrina. La sermonea, en texto antagóni-

13 Según su más prestigioso biógrafo, San Isidoro, el más pequeño de los cuatro santos, nació ya en Sevilla.

14 Sin duda, la actual Santa María de Gracia.

15 Podemos suponer que De Bayle extae de la biografía de Santa Teresa de Jesús, el dato de que a los ocho años escapó de casa con su hermano Simón para «sufrir martirio» a manos de los mahometanos. Fue canonizada en 1622.

16 Fue capellán de familia de rango en Cartagena, aunque no lo dice. Illicitano de nacimiento, reniega de su tierra y canta la hospitalidad cartagenera.

co del anterior. Responde Filomunda pidiendo tiempo para sacar conclusión prudente. Y quedan en posponer la decisión, aunque De Bayle advierte al lector de que Filomunda está decidida ya.

En el CAPÍTULO TERCERO. SÁLESE DEL CONVENTO FILOMUNDA, SIN QUERER PROFESAR, Y LLÉVANLA SUS PADRES A UNA QUINTA DEL LENTISCAR, el autor nos da cuenta de que pasó todo un año desde que la tía Prudenciana apremiara a Filomunda para que profesase plenamente en las Clarisas. Pasado ese tiempo, Filomunda, en preciosista monólogo le dice a la monja: *yo he de salir del convento, aunque parezca flaqueza de mi espíritu*. La tía se lo toma muy a mal. Pero se cumple. *Calla, atrevida y loca...*, le responde, pero no logra impedirlo. Otra monja, doña Leandra –cartagenerísimo nombre– toma cartas en el asunto, al ver a sus compañeras tan enfrentadas –*enfermedad ética* llama Campillo a la afección de la frustrada novicia–, envía recado a los padres de Filomunda: Ortensio y Eufrasia. Podemos jugar a determinar simbolismo a estos nombres: hortelano; es decir, laborioso y productivo el padre; Eufrasia, elocuente y feliz, la madre. El buen trabajar y el buen decir: dos virtudes como ascendentes de Filomunda. Al final, acaban los padres culpando a sor Prudenciana, por haber presionado en demasía a la pobre Filomunda. Don Ortensio llama a su amigo don Garcés, que pone a su disposición la Quinta del Lentiscar, para que Filomunda se reponga de sus dolencias físicas y espirituales, junto con las dos familias. La fecha propuesta es la víspera de san Juan de aquel año de 1670. Era lunes, dice Campillo. Todo el verano transcurrirá en el Lentiscar la dolidá Filomunda, entre gustos y disgustos... Un soneto, compuesto por un ingenio a quien el autor llama *Águila arrebatada a la esfera del sol*, dedicado a la belleza de los atuendos de Filomunda cuando subió al coche que la llevó al Lentiscar, cierra el capítulo. Comienza, en verdad, la novela.

CAPÍTULO CUARTO. DESCRÍBESE EL LENTISCAR Y EL RECIBIMIENTO DE FILOMUNDA. El Lentiscar es la quinta de recreo de don Garcés, el amigo del padre de Filomunda, y es, a la vez, el microterritorio de sus alrededores. Hoy a esa circunscripción administrativa se le llama Lentiscar. Su «capital» es La Puebla. En 1715 el territorio tenía 324 habitantes.¹⁷ Imaginemos en 1670... Notorio es que De Bayle idealiza sobremanera tanto lo dichoso de las gentes como lo fértil de los campos. El lentisco es matorral, que puede llegar al tamaño de arbusto. Tiene propiedades medicinales, pero ignoro si se hizo industria de su cultivo. La Real Academia dice de él: «*La madera es rojiza, dura, aromática, y útil para ciertas obras de ebanistería; de las ramas puede sacarse almáciga, y de los frutos, aceite para el alumbrado*».

17 Son datos de la web del Ayuntamiento de Cartagena.

Según la web del Ayuntamiento de Cartagena, su ámbito geográfico es el siguiente: «*Sus límites quedan establecidos al Norte por los términos municipales de Los Alcázares y Torre Pacheco, al Sur por las diputaciones de El Algar y San Félix, al este por el mar Menor y al Oeste con la diputación de La Palma*».¹⁸

De Bayle sitúa la quinta a *dos leguas cortas de Cartagena*. Una legua es, aproximadamente, 6,5 km. Luego podemos suponer unos 12 kilómetros largos. De Bayle añade que más o menos la misma distancia separa al Lentiscar del mar. No tiene más remedio que tratarse del Mar Menor. El Mar Mayor tiene delante la gran barrera de la Sierra de Cartagena, donde se ubican las minas de La Unión, población entonces inexistente. Eso nos lleva, prácticamente, al lugar de La Aparecida. Al oriente de La Aparecida se halla una finca, de antigua prestancia, arbolado y buena construcción, llamada hoy El Jeringal. Se sitúa aldeaña a la autovía que lleva a La Manga, en el tramo llamado circunvalación de Cartagena. La edificación y su nombre, pintado sobre el muro en recia letra negra, se divisa sin problema desde la misma autovía. Quiere nuestro capricho identificar esa quinta con el Lentiscar de De Bayle, sin más razón que nuestra voluntad. Nos avala la distancia. El Jeringal cumple esas dos cotas determinantes. Jeringal, quiere la web municipal antecitada que sea deformación de Feringán, nombre del ingeniero naval de Cartagena apenas medio siglo después de los hechos novelados por De Bayle. Lo que hace suponer que la finca existía ya en 1670. Que la conociera De Bayle no es gran audacia suponerlo. Sebastián Feringán¹⁹ era un turolense, de Báguena, nacido en 1700. A él se debe la cimentación de la fachada de la Catedral de Murcia. El Imafrente actual. Garcés es nombre de origen navarro, pero aposentado con solar en Aragón. ¿Tiene algo que ver la procedencia aragonesa de Feringán con este don Garcés, *caballero aventajado de Cartagena*, en palabras de Campillo? Todo es conjetura, en mayor o menor grado, pero nos sirvió en gran medida, para centrarnos en la narración y dar ubicación a los hechos, los cuales, si no creíbles, algo probables son, en cambio. De Bayle la llama *Palacio, fortaleza segura*. La describe minuciosamente en este capítulo.

Comienza la finca por una *plazuela* de campo ancho, cercada de pretil (valla poco elevada, supongo), que mira hacia el Sur; o sea mirando a la sierra minera. La portada es de mármol, y las columnas de orden corintio. La construcción tiene una *sobervia torre (sic)*, con su último piso que presenta arcos y balcón; y ter-

18 <[http://www.cartagena.es/frontend/pagina/_xzuM2Hlr2V9ngaHmqjvp2RPz3yLk72nviGLwjP4\\$NSE](http://www.cartagena.es/frontend/pagina/_xzuM2Hlr2V9ngaHmqjvp2RPz3yLk72nviGLwjP4$NSE)>

19 Sebastián Feringán (1700-1762). Vid PIÑERA Y RIVAS; Álvaro de la: «El ingeniero militar Sebastián Feringán, constructor del Real Arsenal de Cartagena», *Revista de Historia Naval*, 8, Madrid, 1985.



La quinta de El Lentiscar de Cartagena según la descripción de Ginés Campillo de Bayle (1670). Dibujo del autor.

mina en almenas. La torre termina en pirámide aguda, como punta de flecha de los arcos de la fachada, dice De Bayle, siempre en metáfora.

Ya dentro de la casa, hay un *anchuroso atril*, que aboca a una *espaciosa escalera*, con recia baranda de hierro. En los descansillos, se abren puertas cubiertas por delante de cortinas rojas. Las estancias se hallan ornadas de lienzos de cielos, soles, santos y lunas. Hay enormes espejos y hermosos fanales para iluminar. Las estancias, repletas de *firmez objetos de ricas curiosidades*, entiendo que se refiere a estatuillas, jarrones, cofrecillos, etcétera.

Por una galería se sale a la parte posterior de la casa. Seis columnas dóricas de mármol que, como atlantes, sostienen un blanco balcón de mármol. En el balcón cuatro estatuas alusivas a los continentes. Europa, África, Asia y América. Hay un jardín abierto como perspectiva de este balcón. Tenemos entonces una alusión que claramente indica que Campillo idealiza, en lugar de describir. Es la que nos indica que la tierra, humedecida, produce altos árboles y tupida alfombra verde para los pies. Habla de dos tratadistas de jardines: Alfonso de Herrera y Gregorio de los Ríos. Del primero podemos decir que fue capellán del Cardenal Cisneros, tuvo de primer nombre Gabriel, y escribió *Tratado de Agricultura*

General,²⁰ del segundo, anotemos que fue capellán de la Casa de Campo con Felipe II y escribió *La Agricultura de Jardines*.²¹ Una muestra más de que las fuentes de Campillo son librescas, no empíricas. Acaba comparando al jardín de don Garcés con el Jardín de las Hespérides, descrito por Virgilio. El jardín se halla dividido en cuartos, a la manera del paraíso musulmán. Estas cuatro partes se limitan con seto de mirto o arrayán y se componen las cuatro de *florido campo de hermosura*, sin que Campillo detalle flores en particular. Lo mismo hace para glosar las arboledas que bordean los senderos dentro de cada cuarto o parterre de los que componen el jardín de don Garcés. Ahora compara con Chipre, isla de Venus. En la encrucijada principal, hay fuente con mármol del Toro y Europa, De Bayle cita a Ovidio. En cada uno de los cuatro parterres, hay su correspondiente escultura: La primera, Acteón y Diana. Don Francisco de Cascales, dice Campillo que se encuentra estatuido al pie de la copa de la fuente. Jauría de sabuesos embisten al pobre Acteón. La segunda fuente, tiene a Pegaso en su centro y a las Musas alrededor. Belerofonte es el jinete. Es la Fuente Cabalina, de donde beben las Musas, que hizo brotar Pegaso coceando con pata delantera la tierra antes de enfrentar a la Quimera. La tercera fuente se dedica a Aretusa, que se convirtió en fuente. Campillo hace minuciosa descripción... de lo que a nuestros ojos de hoy es un derroche imperdonable de agua. Aretusa, perseguida por el río Alfeo, atravesó el mar Jónico y apareció en Siracusa, al borde del mar, desde El Peloponeso. Y por último, la cuarta fuente está dedicada a Narciso. Todas cuatro fuentes son de alabastro, sólo la de Europa y el Toro es de mármol.

Asesenta pasos, no especifica De Bayle hacia qué dirección, hay una ermita, a san Juan Bautista dedicada, como huyendo de la fiesta pagana de los jardines de don Garcés. En esta ermita, dice el autor, oficiaban rito para todo El Lentiscar.

Cuenta la novela que, pasando dos horas del ocaso, los labradores pusieron luminarias por toda la casa del Lentiscar. Entre hipérboles del Licenciado, Filomunda confraterniza con las fámulas de la hacienda, hasta que la llaman a cenar. Luego de la colación, –noche era de san Juan– bajaron todos al pórtico corintio. Allí, un paje hace canción de la dudosa elección de Filomunda.²² Ella ordena acabar la tertulia e irse a dormir.

Y comienzan la novela. Todo lo antecedente no ha sido sino prólogo de situación. Así lo titula De Bayle: GUSTO Y DISGUSTO PRIMERO. CÓMO LOS LABRADO-

20 En 1513. Reeditado en 1819 por la Real Sociedad Económica Matritense.

21 En 1592. Muy reeditada desde entonces. Hay una de 1991, del Real Jardín Botánico.

22 De Bayle utilizará esta canción al final, para que la propia Filomunda medite sobre su letra, que ya le advertía de las vanidades del mundo.

RES HIZIERON FIESTA DE CAVALLLOS, Y DEL INFAUSTO SUCESSO DE UNO DE ELLOS. Era la Aurora... así comienza el autor, acaso con reminiscencias homéricas. Y continúa con una serie de metáforas gongorinas sobre el tema. Estamos a martes, 24 de junio. San Juan. Filomunda sale a uno de los balcones de la quinta. Es obvio que su cámara da al exterior, hacia el Mar Menor, por donde sale el sol. Enseguida, un par de doncellas, comienzan a «componerla». Peine de marfil para los dorados surcos (es rubia Filomunda). La bella observa la llegada de los labradores a oír misa en la ermita de San Juan, lo que nos hace suponer que la tal ermita se situaba al Este de la quinta, hacia el Mar Menor. Muchos vienen en carros engalanados y galeras, llenos de verdes ramos. La realidad sería tan otra...; pero no merece la pena contradecir a De Bayle. Acaso tenga en la memoria la estancia de don Quijote en la hacienda de los Duques, en la segunda parte de la novela.²³ No puede dejar de aludir –sus cánones estéticos se lo prescriben– a una masa campesina rica, alegre y próspera, sin otra tarea que la de halagar a la huésped de don Garcés. Se retira la bella del balcón y se adentra para engalanarse con platas y oros. Y metáforas van y metáforas vienen sobre su hermosura y las riquezas eternas. De Bayle distingue labradores vestidos como de ciudad y otros de *tosco paño* propio de la aldea. No es detalle de realidad, sino de pintoresquismo. Igual las zagalas, *todas venían bellas, también imitadoras de los usos cortesanos*. Llega un franciscano –seguramente desde San Ginés de la Jara– y dice misa. Acabada, todos se muestran la mar de contentos de que Filomunda se halle entre los habitantes de la casa. Imagen perfecta del siervo feliz. Posponen la vuelta a sus lares tan sólo para gozar la visión de la exnovicia. Idealismo puro. Las familias del anfitrión y de sus huéspedes, junto con el capellán, salen a modo de cortejo, para ser contemplados con expectación por los lugareños. La estampa recuerda una escena medieval.²⁴ Por cierto, el novelista ha olvidado que ya acabó la misa, y la inicia otra vez, dado que el cortejo a donde se dirige es, precisamente, a oír misa. Vanse a la quinta todos, y Filomunda invita a todas las zagalas a sus estancias, en donde departe con ellas, tan campechana y alegremente. En esto, suben dos criados, con canastos llenos de frutas, como ofrenda del amo. Los mozos, aún en el patio, también son agasajados con la misma ofrenda, *que no es libertad la que a todos no alcanza*; sabia sentencia, no del todo entendida por el mismo De Bayle. El anfitrión insta a los mozos a festejar por la tarde a la exnovicia. Y acuerdan hacer alardes de caballos a la tarde. Los que viven lejos se quedan a comer, invitados de don Garcés, y a las cuatro horas dan comienzo los festejos. Se celebran en la plaza de entrada, donde Filomunda ordena levantar

23 Cap. XXX y siguientes de la Segunda parte del *Quijote*.

24 Recuerda el inicio del libro *El Otoño de la Edad Media*, de John Huizinga (1919), en donde se da cuenta del espectáculo que era en una ciudad, la llegada de un príncipe, con todo su lujoso cortejo.

tablado *ad hoc* para ella y las mozas de su corte. Un primor de tablado. *Multitud de labradores*, dice la idealista y cortesana novela de Ginés Campillo, que acude a El Lentiscar. Veinte caballos había dispuestos. Y aún más que llegaban, todos enjaezados como para torneo medieval. Sale Filomunda a presidir, y su corte de damas y de zagalas se sienta a su vera por ambas partes. El juego que van a llevar a cabo es el aún vigente de las cintas. Yo los he visto personalmente, en los sesenta del pasado siglo, no lejos del Lentiscar, en el Poblado de Refinería del Valle de Escombreras, a una galopada de allí. Los mozos, montados en bicicleta, debían atravesar con delgados palitos unos exiguos anillos, a los que iba añadida una cinta con un nombre de dama. Las damas, sentadas en un palco de madera ornado con la bandera de España, aguardaban a ver qué mozo cogía su cinta y le ofrecían un regalo. Creo recordar que también, se ofrecían de pareja de baile de una pieza en la verbena que luego a la noche se celebraba, siempre en presencia del cura. Era en las fiestas de san Roque. En la reciente celebración del 175 aniversario de la constitución del Ayuntamiento de Torre Pacheco, se editó un libro de fotografías²⁵ de antaño en el que se veía un palco de estos, heredero del que se describe con todo su fasto en la novela. Me consta que se sigue haciendo con motos hoy en día no sólo por todo el Campo de Cartagena, sino por toda la región y aún España.

Desmontan los jinetes y se humillan ante Filomunda. La cinta con los anillos está colocada por enfrente de la tribuna. Suena un arpa –notorio desfase con la realidad popular– y se oye la trova, cantada, de un juglar que jalea el comienzo. Hay diez anillos, con otras tantas filacterias (colonias las llama De Bayle), cada una con un color. Previamente, cada una de las damas seleccionadas por Filomunda, ha introducido la mano en un vernegal, jarrón de cerámica metalizado, y ha sacado un papel en el que va escrito el nombre de un color. Cada dama, por orden, selecciona a uno de los veinte caballeros rústicos y, tras partir el papel en dos, le entrega al elegido una de las partes. La otra se la coloca encima: en el pecho, en el tocado... El jinete –que no caballero– se coloca su papel con el nombre del color suyo en el sombrero y parte a rescatar, al galope, la cinta del mismo color que cuelga del cordón tirante que hay por delante de la tribuna. Comienza el color verde. El juglar, o acaso trovador o trovero, canta, que no recita, una coplilla, de ánimo para el concursante. Sucede lo mismo con el siguiente color: pardo. Nueva copla. Nuevo color: blanco. Trova. Luego, pajizo (crema). Después, violado. Siempre copla posterior. A continuación, encarnado. La séptima fue el color negro. El siguiente color es amusco²⁶ (pardo oscuro). La

25 175 aniversario, Ayuntamiento de Torre-Pacheco, 2012. Dirección de Pablo Pérez.

26 Según el DRAE, viene de muscus (almizcle).

novena cinta es de color anteado²⁷ (marrón claro). La última cinta es de color azul.

Se van todos a la salida y parten veloces hacia las cintas de colores, pendientes del cordón que atraviesa el campo de juego. Cada cual debe arrebatarse la cinta de su color. Quien primero lo logra es el mancebo de la cinta negra. Se la entrega a la damisela, y ésta se la coloca en el pecho. Una dama de Filomunda canta copla. El siguiente es el azul, color de los celos. Vinieron, por ese orden: blanco, encarnado, pardo –con un incidente que anotar: pierde el sombrero y ha de volver por él–, verde, amusco –que equivoca su cinta–, violeta, que pasa de largo por el cordón de cintas, anteado, al que se le cae la cinta al suelo, y la pajiza.

El epílogo es algo lamentable a los ojos de hoy. Filomunda manda traer a un gato. Lo llenan de cintas y lo cuelgan boca abajo del cordón de las cintas. La salvajada está servida.²⁸ Los jugadores ahora son los diez jinetes que no tuvieron dama. Golpean, al galope, los jóvenes al gato, le quitan cintas, lo torturan en suma. Hasta que el gato cae al suelo. Sale corriendo y los mancebos detrás, se le unen los que sí tuvieron cintas. Uno de ellos, llamado Brito, que premonitoriamente había cogido la cinta negra, sale tras el gato con más decisión que los otros. Hay un pozo de nivel de tierra, sin brocal. No lo ve el perseguidor. Caen caballo y jinete al agua. El jinete bajo su montura. Se ahoga. Sobreviene el primer Disgusto. Mal acaba el día de san Juan. Lloros, aflicciones... Llegan los padres y don Garcés ordena que al día siguiente, lleven al infortunado Brito al convento de San Francisco, en Cartagena y que le hagan exequias. Es el disgusto anunciado por De Bayle. Ha comenzado el esquema narrativo: bella serie de cortesías y, al final, desgracia suma, por el autor llamado disgusto.

En este capítulo es apreciable la presencia de lo que algunos han tomado como preexistencia del trovo en esa época, en el Campo de Cartagena, anterior a la casi segura aparición de esta forma de poesía popular en la zona: la inmigración minera del XIX.²⁹ Lo que aparece en la novela es el canto, de tipo culto, de una voz masculina –aunque al final es un coro femenino– que repentiza sobre el color de turno en el juego de cintas. Desde luego, se parece mucho al trovo actual: forma poética, repentización, tema forzado y brevedad. Aunque hay notorias diferencias: no hay disputa y la forma métrica es irregular en todos los aspectos cantidad y rima. Más bien parece salida expresiva a las ansias versificatorias del autor. O, acaso, el autor, sabiendo de esta costumbre popular, la reviste de cultis-

27 Color de la piel del ante, adobada y curtida (DRAE).

28 Aún considerando que acaso sea juzgar con ojos de hoy actos del ayer, no cabe duda que no pocas mentes de entonces juzgarían perverso el juego. Recordemos que san Francisco de Asís ya tiene entonces casi medio milenio de historia.

29 Vid. nota 5.

mo, para –según su mentalidad– dignificarla. Hay que relacionar este supuesto propósito del novelista con el hecho de que procura siempre dejar muy clara la separación de clases entre plebeyos y aristócratas o clase elevada. Así, los plebeyos no son buenos jinetes o cuidan más de su propiedad que de su honor, como en el caso del mozo que pierde el sombrero y vuelve por él, antes que hacer caso del orgullo del noble que no es, y prosiga en pos de la cinta que le ha dado su dama. Parece ser que la disputa poética con tema forzado era musulmana.³⁰ No tiene nada de particular que prosiguiera en tierra tan al sur, entre los moriscos convertidos. Lo que muestra De Bayle es el disfraz pretendidamente culto de un hecho popular: el trovo de la época. Los expertos cifran el origen del trovo en Las Alpujarras, mediante el proceso antedescrito de moriscos convertidos desde el XVI. Acaso, el testimonio de Campillo ofrezca oportunidades a la teoría de que el mismo proceso se realizó en el también casi abandonado Campo de Cartagena desde finales de la Reconquista.

Y llegamos al GUSTO Y DISGUSTO SEGUNDO. DE UNA INGENIOSA JUSTA, QUE JUGARON EN EL LENTISCAR, Y DEL DESGRACIADO SUCESO QUE PASÓ. Estamos ya a 29 de junio, domingo, fiesta de san Pedro y san Pablo. Misa Mayor. Vuelven los labriegos al rito. Vecinos nobles de quintas adyacentes también. El Lentiscar amanece con una soberbia construcción en madera, elevada a modo de baldaquino en el patio delantero. Ricos paños cuelgan de los balcones de don Garcés. Entre los arribados al Lentiscar se hallan los Tercios Azules del Conde de Frigiliana, presente en Cartagena por las fechas. Ha regresado de estar como gobernador en Orán el marqués de los Vélez. Por ello hay muchos capitanes de galeras en la quinta. Destaca quien será coprotagonista de la novela: don Ioseph Faxardo, hermano del titular de Los Vélez. La fiesta será un combate simulado: O sea, un remedo de los antiguos torneos medievales. Serán doce combates, como los trabajos de Hércules, a quien se parangona con el marqués de los Vélez. Doce caballeros se disponen a repetir, uno por uno, los adversarios de Hércules, en honor del de los Vélez. Sucede que no puede estar ningún Faxardo en la quinta de El Lentiscar, y en su lugar lo hace don Alonso Antonio de las Xaras. Con él comienza la aparición de los más importantes apellidos cartageneros del momento. Cada uno de ellos llevará en sus ropas y armas, los símbolos de los vencidos por Hércules en sus trabajos. Don Antonio Godoy será la Hidra de Lerna; don Pedro Villegas, el Javalí de Erimanto; don Joseph Bustos, la Cierva Menalia; don Pedro Iváñez, las Harpías; don Luis Esquivel las Amazonas, caballero de Calatrava, el rey Augías; don Nicolás Joseph Garre, García de Cáceres, el Toro de Creta; don Félix del Poyo, el pastor Diomedes; don Domingo Tacón, Gerión de Hispania; don

30 Ya en *Las Mil y Una Noches* se da cuenta de la repentización versificatoria entre oponentes.

Manuel de Montemayor, el dragón Ladón, custodio de las manzanas hespéridas, y don Vicente Guilaberte, el Can Cerbero. Muchos de estos apellidos aún perviven en Cartagena, o en la Región, y algunos otorgaron topónimo en las cercanías. Lo Poyo y Lo Pagán; Los Garres en Murcia. De Bayle ha gastado versos en la descripción de las armas y vestimentas de guerra de los caballeros de Cartagena que han colaborado. Todos cruzan tres lanzas con don Antonio Alonso de las Xaras, apellido de origen cartagenero, logrando el aplauso de los asistentes, lugareños y nobles.

Claramente, este segundo Gusto tiene la función de poner contrapunto al primer Gusto, de sabor popular, de clase inferior, de plebeyos. Aquí ha habido armas, prebenda de nobles. Y han estado como jueces don Garcés y don Ortensio, de la nobleza local. En el juego de las cintas, presidió una mujer: Filomunda.

Pero esta segunda jornada de El Lentiscar aún no ha acabado. Suenan clarines y aparece un caballero todo vestido de blanco, celado por amplio pañuelo semitransparente, que lleva corazones salpicando su albo terno. Todos saben que es el Amor, o Cupido, si se quiere. De Bayle, entre paréntesis, nos dice que es don Joseph Faxardo, que viene celado por disimular su poco varonil atavío. Lanza flechas de amor a Hércules, a la sazón el de las Xaras, que no puede hacer otra cosa que postrarse y rendirse. Sólo ante el amor se rinde Hércules. Lo mismo hace con los demás caballeros que han intervenido en la pantomima. Todos, genuflexos, reconocen la victoria del amor.

Pero, entre tanto, el corazón de Filomunda se ha estremecido. Se enamora sin más flecha que la de sus ojos, del caballero blanco, el Faxardo menor. Y mirando por las *entrecadencias* de su vendaje, el recién llegado también. La curiosidad femenina aparece, y Filomunda le pide a un primo suyo, Lorino, trate de quitarle la venda al mentido Amor. Trata de hacerlo por la espalda, y el Faxardo, con espadilla de *atrezzo* que portaba, le atiza un tajo en la cabeza y se la abre. Tumulto. Los jueces, Garcés y Ortensio, conocedores de la identidad del falso Cupido, lo defienden. Escapa y quedan todos con el infortunado Lorino, al que De Bayle decide no privar de la vida. Noble es, por primo de Filomunda. No conviene al decoro estético que muera noble. Tal suerte no cabía con el pobre Brito, víctima absoluta de la primera jornada.

En el fondo de este suceso, se halla el tópico del *Noli Me Tangere* evangélico.³¹ El Faxardo es como el rey, y nadie le toca la faz. Ofensa máxima.

31 Palabras de Jesús Resucitado a la Magdalena a la que se aparece, y que sirvió para condenar a los regicidas. Por extensión se atribuyó a toda la nobleza esa preeminencia del ser intocables. La ofensa del tocar a noble como casi anatema se halla en este episodio, (Juan 20, 17).

Llegamos así al GUSTO Y DISGUSTO TERCERO. CÓMO LOS LABRADORES, PARA REGOZIJAR A FILOMUNDA, HIZIERON UN CARRO TRIUNFAL, DE UN BAYLE, QUE FORMARON; Y DE LA DESAZÓN EN QUE VINO A PARAR. Ya estamos a 6 de julio. Es el cumpleaños de la niña. A De Bayle no le salen las cuentas. Dice que cumple 19 años. Si sumamos los que ha ido diciendo que pasaban serían 16 o 17; pero da igual. Los labradores dan en construir un formidable carro triunfal, que a De Bayle le cuesta describir doce páginas. Las alegorías, los versos, y los aderezos mil son explicados con detalle por el presbítero ilicitano. El carro lleva un trono en su popa, elevado, en el que se sube Filomunda. Lo pasean por todo el Lentiscar-comarca, y vuelven al Lentiscar-finca. Antes, hemos asistido a la ocultación en los jardines delanteros de la quinta nada menos que de don Joseph Faxardo, ansioso de ver a su amada sin ser visto. Necesidad novelesca, que hace del enamorado un merodeador. Habla con el jardinero de la quinta, y se instala en la espesura un día entero. El jardinero le asiste en ese tiempo, nos dice el autor. Al final, el carro triunfal regresa a El Lentiscar, y entonces, las mozas, al son de castañetas, de guitarras y de *harpas* danzan un baile conjunto. El valor antropológico de la referencia lo creemos nulo, o casi, pues De Bayle traspone a la verdadera gente del pueblo, los usos cortesanos de los palacios. Luego, tres mozas representan una pequeña comedia en verso, en la que Cupido las amenaza, ellas se defienden primero ferozmente, pero luego ceden, que el amor es siempre triunfante. En esas están, cuando el curioso de don Joseph Faxardo se adelanta tanto para gozar la vista de Filomunda, que se delata, por el movimiento de ramajes. Todos se alertan y se disponen para el ataque a la fiera que suponen escondida en el bosque inmediato. Incluso un villano dispara un arcabuz. Yerra el tiro. Pero el peligro le hace al jardinero identificar a voces al emboscado. Entonces sale furioso el Faxardo y se da a conocer. Excusa su presencia escondida por excusar honores y cortesías que aminorarían la gloria de Filomunda. El villano que ha disparado cae de rodillas ante el paladín y es perdonado. La posibilidad de tragedia, si la posible víctima es un noble, se revela más grave que si la víctima fuera plebeya, como en el caso de Brito. Vanse todos a visitar a Lorino, que va sanando. El Faxardo chico reconoce haber sido quien diera el tajo trasero que hirió al paje. No olvidemos que es primo de Filomunda, noble por consiguiente.

GUSTO Y DISGUSTO IV. DE UNA MARAVILLOSA MERIENDA; Y DE LOS DESABRIDOS POSTRES QUE HUBO EN ELLA. Aquí, Campillo se despacha con una merienda, el día 13 de julio, domingo. Una recreación del Olimpo, en el jardín trasero de la quinta. Llega don Joseph Faxardo con seis lacayos y tres mastines. Por la mañana han oído misa en la capilla de san Juan. Luego pasan al privado, y allí ven una maravillosa Arcadia, plena de floresta excesiva y frondas copiosísimas. De pronto, se abre la tierra y surge una mesa dispuesta para banquete. Luego, se descuelgan

de los árboles, las lujosas sillas, portadas por ángeles. Comienza el festín, y cada plato es servido por una diosa o un dios, no faltando ninguno de los del Olimpo. El último que sale es Orfeo, que canta a todos los dioses anteriores, empezando por Cupido que fue el primero. Cuando está terminando, aparecen las fieras, servidores disfrazados de tales, que se van acercando al fingido Orfeo. Pero, en esto los mastines del Faxardo atacan a los mentidos animales, que huyen despavoridos. De Bayle pasa por alto que los canes sabrían mejor que nadie que las fieras eran humanos disfrazados, pero el Disgusto correspondiente al capítulo exige esa «desorientación» de las verdaderas fieras del Faxardo. Uno se ensaña con el criado disfrazado de león, que acude a Filomunda en solicitud de ayuda. Filomunda exclama: ¡*Matadle, matadle...*! y el Faxardo la secunda: ¡*Matadle!*. Obedecen los lacayos de guardia, y atizan una estocada al can que presa tiene en las carnes del pobre servidor de don Garcés. El resultado es que mueren los dos. Filomunda se retira a sus aposentos, y don Ioseph precipita su marcha a Cartagena, llevándose un nuevo cadáver, también ahora de plebeyo. Lorino, la primera víctima de la serie de Disgustos, había asistido a la cena, recuperado. De Bayle tiene claro quién debe asumir el papel de víctima.

Pasamos al GUSTO Y DISGUSTO QUINTO. DE UN DEPORTE QUE HIZIERON AL MAR, CÓMO HALLARON UN MORO DORMIDO ENTRE LOS MONTES; Y DE UNA PELEA QUE TUVIERON PARA DEFENDERSE DE UNOS MOROS COSARIOS. Es la aparición de un personaje exógeno. El moro Muza. De Bayle no se molesta mucho en hallarle nombre a su personaje. Estamos ante una novela morisca, de las que es referente la novela del cautivo en el primer Quijote. Los personajes, el día de Santiago, 25 de julio, deciden ir a *hacer un deporte*; esto es, una excursión. La hacen al mar. A cabo de Palos. Se adelantan los plebeyos para preparar el picnic, y en una de las calas aledañas, que puede ser Cala Reona de Cartagena, observan la presencia de un cuerpo tumbado sobre la arena. Se acercan y ven a un hombre, de trazas morunas, vestido con una chaqueta roja. Por la abertura delantera, se ve una cruz de oro. Llaman a los nobles *deportistas*, y despiertan al intruso. Comienza a hablar éste —ahora ya en la torre del faro— y cuenta su vida, según el canon del género narrativo. Es hijo del rey de Fez.³² Se crio entre esclavos cristianos, que lo educaron. A los diez años convence a su padre para pasar de grumete a una escuadra argelina, que va a la caza de cristianos a las costas malagueña. Pero esta vez, ganan los buenos. El mozo es capturado. Eluden todos, moros y cristianos descubrir su alcurnia, para no elevar el rescate. Y, en Cádiz, es vendido a don Luis Pimentel. Se hace su siervo fiel, y gana su confianza al confiarle su deseo de cristianar. Al

32 Para esa fecha de 1670, los Alauitas ya habían establecido su capital en Mequinez. De Bayle va atrasado de noticias.

tiempo, por vía secreta, su padre le va haciendo llegar buenos dineros para que se libere, dineros que él guarda. No quiere liberarse, quiere ser cristiano entre los cristianos, pero su padre no debe saberlo. Aparece un amigo, vecino de Pimentel: don Gonzalo Pereyro. A él confía la custodia de sus dineros el narrador, Muza. Pereyro tiene una hija. Surge amor entre los jóvenes, casto y puro, con versos y canciones de por medio. Cierta día, su amo, a las puertas de su casa, tiene un lío de espadas. Sale Muza a defender a su amo y amigo, y malhiere a uno de los atacantes. Busca refugio en la casa de Pereyro, y la hija del amigo de su amo, lo esconde en su cámara. Hemos de suponer que algo ocurre entre los jóvenes, pero el destino, en forma de voluntad del novelista, impone separación. Pimentel pasa a Madrid. Muza con él, no sin antes jurar amor eterno a su dama, Josepa, la bautiza De Bayle. En Madrid, da con un don Antonio Fernández, caballero español, en quien Muza confía todo su afán. Don Antonio parte para Cádiz. Pasa el tiempo, y un moro esclavo de Cádiz, amigo suyo, le manda recado de que Jusepa se ha ido con el Antonio Fernández, a la mar. Que los piratas berberiscos han apresado a la moza y al Fernández. Lloro Muza, se hace de noche y cenar todos, Muza, por ser de sangre real, puede hacerlo con ellos.

Comienza la fase de disgusto. Encienden hogueras. Notoria imprudencia. Y de pronto, creen ver estrellas fugaces, pero es otra cosa. Los sabedores dicen que son bengalas de los corsarios, que orientados por las hogueras, han desembarcado en las playas de cabo de Palos. Corren todos a la torre y se cierran. Son diez contra cuarenta. Disparan arcabuzazos por las saeteras, matan moros, y ellos no tienen bajas. Los atacantes se persuaden de que nada pueden hacer y se vuelven a sus naos. Empero, los *deportistas* permanecen hasta la mañana siguiente, en que, idos los moros lejos de la costa, pueden volver a sus lares. La novela morisca de cautivo queda en suspenso, con las espadas en alto, como don Quijote y el Vizcaíno en la novela de Cervantes.

Y pasamos al capítulo VI: GUSTO Y DISGUSTO SEXTO. CÓMO VINO CON DOS GALERAS DON JOSEPH FAXARDO A CABO DE PALOS, Y TORRE DONDE ESTABAN LOS CAVALLEROS: DE SU DECLARACIÓN DE AMOR CON FILOMUNDA. DE UNA DAMA, Y UN CAVALLERO, QUE VIERON EN EL MAR NAUFRAGANDO EN UN ESQUIFE, Y DE LA LÁSTIMA, QUE CAUSÓ A TODOS. Este capítulo es el de la aparición del Amor. Faxardo y Filomunda se declaran su amor. Ese es el gusto, el disgusto es un algo adherido, necesidad del guion. Es el día de santa Ana. Los cercados en la torre del faro de Cabo de Palos salen al aire libre y allí ven, sobre la arena, los despojos de los piratas berberiscos abandonados, alfanjes y broqueles. Vanse unos hasta San Ginés de la Jara, para oír la misa de santa Ana, y otros restan allí. Hacia mediodía, con todos vueltos al faro, comienzan los sucesos gustosos del día. Desde la atalaya de Trincabotijas –hasta hace poco enclave militar defensivo de Cartagena, ubicado en la separación

exacta de la dársena de Cartagena con el valle de Escombreras— había divisado el ataque moro por mar a Cabo de Palos. Don Ioseph Faxardo se apresta a ir en auxilio de la torre del cabo. Sus dos galeras, La Patrona y la San Miguel Arcángel, aparecen hacia poniente. Atracan, desembarcan falúas, y llevan a todos los presentes hasta la capitana. Allí, don Ioseph se apresta a bajar a por Filomunda. Aparecen en cubierta, y toda la tripulación prorrumpe en aplausos. La moza se escabulle hacia popa, entra en el castillo, y se va hacia una mesa de escritorio. Allí ve un papel doblado, y una pluma con signo de haber sido usada ha poco. Desdobra el papel y encuentra una oda en estancias, de longitud considerable, en la que don Ioseph pondera su amor por Filomunda. Se excusa el galán, pero la doncella hace venir a una su secretaria, que porta cartera. Saca papel ya escrito y se lo da al Faxardo. Igualmente, le declara su amor. También en elegantes y soporíferas estancias. En esto aparece un paje del Faxardo y canta en un soneto el amor de ambos, dejando en el aire la dicha por venir...

Hasta aquí, el Gusto. Comienza ahora, el disgusto correspondiente. Estamos en el cenit de la novela. Divisan frágil esquite a la deriva. Dos personas en él, dama y caballero. Los suben a bordo, y los reaniman. Sobre todo a la mujer, con un par de yemas de huevo. Filomunda, al ver a los dos naufragos, se desmaya. Es el disgusto. Parten otra vez las compañías: hacia El Lentiscar unos, hacia Cartagena por mar, los otros.

GUSTO Y DISGUSTO SÉPTIMO. CÓMO LA DAMA, Y EL CAVALLERO CONTARON LA CAUSA DE SU SUCESSO. DEL DISGUSTO EN QUE LES PUSO MUZA, EL MORO QUE EMBIARON RECOMENDADO A DON IOSEPH FAXARDO, PARA QUE LE EMBARCASSE A ARGEL, EN BUSCA DE SU DAMA, Y ENEMIGO. Estamos ante un capítulo narrado en boca de personaje, como en el anterior. Ahora es el naufrago, que resulta ser don Pedro Pereyro, hijo de aquel Pereyro, amigo de Pimentel, en Cádiz. Y que se hacía llamar Antonio Fernández, para huir de unas travesuras criminales en el Cádiz de la época. O sea, que es el personaje que, en Madrid, recibiera las confidencias de Muza, acerca de sus amores con doña Jusepa. El hidalgo español se espantó de que su hermana tuviera amores con un moro, y, ladinamente, se pasa a Cádiz, donde decide llevarse a su hermana hasta Barcelona, donde otro pariente es preboste militar. Embarcase en una saetía —barco menor— y apenas salen al mar, son capturados por piratas argelinos. A los hermanos los dejan en la saetía, e incluso les permiten pasear de noche por la cubierta. Pereyro-Fernández ve la ocasión de escapar. A la noche se deslizan sobre cubierta, se lanzan a la barquilla auxiliar de la saetía, y se alejan remando. Tres días a la deriva, hasta llegar a cabo de Palos, donde los ven los retirados al Lentiscar. Se cierra el círculo. En esto, Muza, que ha vuelto de sus paseos por el mitologizado jardín, reconoce al canalla que le ha birlado la novia. Despoja a uno de los guardias de Faxardo de su arcabuz, y dispara contra el

Pereyro-Fernández. No le da; pero Filomunda se desmaya. Se aclara todo, y Muza se arrodilla ante su futuro cuñado, pidiendo perdón. Asimismo pide ya el bautismo. Su fortuna sigue incólume en manos de los Pereyro, a cuyo titular confiaba Muza las entregas de su señor padre.

Como se ve, estamos ante una novela morisco-bizantina, con naufragios, asaltos, amores, reconocimientos o anagnórisis... O sea, que la inspiración del licenciado Campillo es libresca, pues sigue los cánones a la perfección. Por supuesto, el marco de la historia, nobles escuchando la relación que hacen protagonistas, es puramente cervantino, proveniente del Quijote.

Muza y los Pereyro se van a Cartagena. Al nuevo cristiano lo bautizan como Ioseph de Pereyro, mitad por su suegro, mitad por su benefactor.

GUSTO Y DISGUSTO OCTAVO. DE LOS MARAVILLOSOS FUEGOS, E INVENCIONES DE PÓLVORA, QUE HUVO EN EL LENTISCAR; Y COMO SE PEGÓ FUEGO A LA QUINTA, CON PELIGRO NOTABLE DE FILOMUNDA; Y DE LA DESGRACIA DE UN CAVALLO EN EL FUEGO; Y DE OTRA DE FILOMUNDA EN EL AGUA. Llegamos ya al 14 de agosto, víspera de la Asunción de la Virgen, fiesta mayor en toda España. Don Ginés, alicantino al cabo, no podía dejar de meter los cohetes y fuegos artificiales en la trama de su novela, sobre todo si se trata de festejar. Así, irrumpen los siempre dispuestos campesinos del lugar en la quinta, trayendo toda suerte de tablas, lienzos, postes, banderas... y buen acopio de pólvora. Se supone que en el jardín trasero, montan una triple falla: dos galeras y un castillo. Don Ginés gasta buenas páginas en alegorizar la construcción de las fallas con las excelencias de María, versos incluidos. La narración sigue con el combate entre las galeras y el castillo. Es una naumaquia seca... Seca e ígnea; pues los cohetes salen de las galeras, como cañonazos de ataque al castillo. Y el baluarte responde, en una muy alicantina visión épica, de la misma manera. En el guion está que un caballero arremeta, montado en brioso morcillo a los adentros de la fortaleza. Lo hace tan vivazmente, que dentro ya se ve rodeado de las llamas y pide auxilio. Pero, en esto, uno de los cohetes de la refriega se cuela por el balcón de Filomunda e incendia la estancia. Don Ioseph Faxardo ordena a los suyos rescatar al caballero en llamas y él se va por la dama. La libera, a sus sirvientas también... Y llega el momento de la cena. Al final, los dos enamorados se van discretamente a un apartado –ojo, siempre vistos por todos, apunta De Bayle– y se juran amor eterno en un diálogo de insufrible responsabilidad y comedimiento casto. Pero, hete aquí que el disgusto mayor está por llegar. Unos mozalbetes, que rastrean por entre los restos de las galeras hallan *carretillas* intactas, las encuentran y las hace correr. Una de ellas arriba a los pies de Filomunda, que se halla pelando, metafísicamente, la pava con Faxardo. Se asusta y cae en el agua de la fuente del patio trasero, donde hablan sus amores los novios. Rápido Faxardo se mete en el líquido elemento y toma a

Filomunda en sus brazos. Ambos cuerpos mojados, estarán entonces lo más cerca que habrán de estar en este mundo.

GUSTO Y DISGUSTO NONO. DESCRIPCION DEL MARAVILLOSO CONVENTO DE SAN GINÉS DE LA XARA, EN EL CAMPO DE CARTAGENA; Y DEL REBATO QUE HUVO DE LOS MOROS, VÍS-PERA DE SANTO EN LA NOCHE. Este capítulo es, acaso, el más testimonial de toda la novela. En él se detalla el interior y el exterior de todo el monasterio de San Ginés de la Jara, hoy en ruinas malhadadamente. Dice basarse en Cascales. Menciona casi inmediata a la puerta una alta columna con estatua de san Simeón el Estilita. Y describe un huerto en el que predominan los naranjos, pero gasta media página en nombrar todos los arbustos y árboles que tienen presencia en el enclave. Da cuenta de los patios sucesivos. Antes ha hablado sobre la historia de san Ginés de la Jara, mencionando los libros. Parece haber leído el libro de fray Melchor de Huélamo,³³ pues dice de los milagros al final de la obra. Habla de fundación de francos en tiempos de godos, y la condición premonstratense de los monjes originarios. Cuestión ésta harto difícil, por la cronología.³⁴ En la capilla habla de dos pinturas en el ático del altar mayor, debidas a Barroso.³⁵ Y otras al *insigne granadino*, quizá el mismo Alonso Cano.³⁶ Habla también de las ofrendas del conde de Cifuentes, de don Juan de Austria y del mismo Carlos II. Estatuas de san Ginés y san Francisco, y cripta con los restos del santo. No parece conocer a Ginés de Arlés. También, atribuye a Martín Bos (¿Bosch?) las pinturas de los misterios gozosos y dolorosos que ornan la muralla por el interior del huerto circundante al monasterio. Luego, nos sube al Monte Miral, donde describe las ermitas de los anacoretas. Dice de la piedra hollada por la devoción genuflexa de san Ginés y testimonia oraciones escritas en las tales ermitas celebrando a todos los varones del yermo, que el mundo fueron, desde san Pablo de Atenas hasta san Jerónimo.

33 *Libro I de la vida y milagros, del glorioso Confessor Sant Gines de la Xara. Y de algunas cosas notables que ay en el Monasterio, consagrado y dedicado a su santo nombre, sito el Reyno de Murçia, de la Orden de nuestro seraphico padre Sant Francisco, de la santa Prouincia de Carthagena.* Compuesto y ordenado por el padre fray Melchior de Huelamo, de la mesma prouincia y orden, author que fue de los discursos predicables de la Missa, y Salue Regina, natural de la villa de Tararon, en el obispado de Cuenca. Dirigido a la muy noble, leal, y antigua ciudad, de Carthagena. Con Preuilegio. Impresso, en el Conuento de Sant Francisco de Murçia, por Agustín Martínez. Año de 1607.

34 Los premonstratenses son fundados en 1120 por san Norberto, trescientos años después que el san Ginés confesor llegase a Cartagena.

35 Miguel Barroso (1538-1590). Tiene obra en El Escorial.

36 De Bayle no especifica más, pero el artista granadino más notorio de la época aludida es Alonso Cano (1601-1667).

Una vez descrito el entorno, nos sitúa en la noche del 24 de agosto de 1670, cuando, al amanecer, salen los inquilinos de El Lentiscar hacia el monasterio, para celebrar allí al santo. Sucede que los moros esclavos dan en luchar como en juego, entre ellos. Llega el oscurecer del día, y acuden testigos de que han visto piratas berberiscos desembarcar en Cabo de Palos, más de cien, y que vienen hacia allí. Entre los de El Lentiscar se halla don Ioseph Faxardo, que toma el mando. Ordena llevar los moriscos esclavos a Cartagena. Intentan fugarse dos y manda matarlos. Luego, dispone que suban todos a la torre-campanario defensiva. Lo hace así. Llegan los invasores. Saquean e incendian el monasterio. Antes, los monjes han bajado, arriesgando sus vidas, para salvar el santísimo. Todo lo demás es susceptible de ser perdido y saqueado por los desembarcados. No logran vencer a los de la torre y se retiran. Faxardo ordena permanecer hasta la luz del día. Entonces llega la tropa desde Los Alumbres, y salen. Contemplan el destrozo hecho por los musulimes.

GUSTO Y DISGUSTO DÉZIMO. DEL AGRADABLE ENTRETENIMIENTO DE UNA CAÇA, Y DEL DESDICHADO SUCESSO DE UNA FIERA. De Bayle se luce aquí con su conocimiento venatorio, montería y cetrería. Los alojados en El Lentiscar salen de caza al monte del Espíritu Santo, a cuyos pies se levanta hoy la ciudad de La Unión. Llevan lebreles, que pronto acechan a conejos. Luego, hay gerifaltes (aves de presa), que hacen alardes de su maestría, cazando torcaces y otras aves. La caza da al vuelo por una de ellas, cae a los pies de Filomunda. La chica aparece como espléndida amazona, ella que venía de estar encerrada en un convento. Un ciervo llega ante sus pies, ella lo acaba con certero venablo lanzado por su mano. Luego, aparece el jabalí. Con él llega el Disgusto. Se va por la moza, y ésta no fiándose como cuando el ciervo de su lanza, da en correr, el jabalí detrás. Todos siguen a la pareja, hasta que llegan a una mina o cueva: la Cueva de don Juan.³⁷ Allí pierden el rastro. Entra valerosamente el Faxardo, y ve cómo le arremete el jabalí. Se lanza hacia él y consigue clavarle el puñal que enarbola en el cuello. Muerte del jabalí. Siguen adelante en la cueva/mina, pero un aire proveniente del fondo, les apaga las antorchas. Ya desesperan todos de volver a contemplar a Filomunda, cuando aparece un caballero –plebeyo– trayendo a la bella exnovicia, su bella cabeza recostada en el pecho. Dice el recién llegado que la vio sobre

37 El Sancti Spiritus se sitúa en el sector central de la Sierra de Cartagena y es el cerro más alto con 444 m de altitud... El Cabezo de don Juan se sitúa en el sector central de la sierra, en concreto al nordeste del cerro del Sancti Spiritus y al oeste de la localidad cartagenera de Llano del Beal; en la actualidad, la vertiente sur forma parte de la cantera Emilia... ANTOLINOS MARÍN, J. A., SOLER HUERTAS, B.: «Los orígenes de la arqueominería en la Región de Murcia (I): los hallazgos en la Sierra Minera de Cartagena-La Unión», *Mastia* 6, 2007, pp. 123-142.

la más alta peña de la montaña. Y que conoció enseguida que era Filomunda, la bella huésped de El Lentiscar. El Faxardo se pone de palafrenero, y vanse todos a la común hospedería de don Garcés. La bella, aún dormida en los brazos del Labrador jinete. Campillo de Bayle ha citado a Góngora (Segunda Soledad) y a Garcilaso.

GUSTO Y DISGUSTO UNDÉZIMO. REFIERE FILOMUNDA LAS MARAVILLOSAS COSAS, QUE VIO EN LA CUEBA DE DON JUAN; Y CÓMO DON JOSEPH FAXARDO SE DESPIDIÓ DE ELLA, CON NOTABLE SENTIMIENTO Y GRAVE DOLOR. En este penúltimo suceso de El Lentiscar, los veraneantes escuchan de labios de Filomunda sus tribulaciones dentro de la Cueva de don Juan,³⁸ a la que De Bayle atribuye orígenes monárquicos. Don Juan es el hijo del Adelantado de Murcia, Infante don Manuel, a quien se entregaron esas tierras. Perseguida del jabalí, la bella entra en la cueva. El jabalí se queda, asustado por la negrura y el aire que sale de ella. Filomunda penetra en un mundo de estatuas y palacios subterráneos, construidos en mármol, oro, cobre, pórfito... Ora en luz, ora en oscuridad. Es arrebatada por corriente de agua en una barquilla. Y sube escalinatas y desciende quebradas cuestas. Son alguna decena de páginas, en las que este comentarista no ha advertido alegoría alguna, salvo acaso la muy difusa de que la vida mundana es como de piedra: aunque valiosa, inane. Es como si se anticiparan las razones que, al final, propiciarán su vuelta al convento, desengañada del siglo. Sale al fin por una angostura en la que deja jirones del vestido, y ve llegar al labrador, que al verla la reconoce y vuelve a sus predios a por montura. Acaba la bella su relación. En esto llega, oportunidad de novelista, un correo del Cartagena. Es del marqués del Viso,³⁹ con orden de que don Joseph Faxardo acuda a Cartagena para embarcarse con destino a Barcelona, al momento de leer la orden. Todo son congojas y pesares. Los novios entrelazan una despedida de cuatro páginas, con medices y tedigos, y tras abrazarse a don Garcés y don Ortensio, monta en soberbio equino, vuelve grupas y se va de El Lentiscar, hacia su destino.

GUSTO Y DISGUSTO DUODÉZIMO Y ÚLTIMO. CÓMO LAS LABRADORAS PROCURARON DIVERTIR A FILOMUNDA, Y ELLA AGRADECIDA LAS PREMIÓ; DE CUYOS PREMIOS, SE HIZO UN INGENIOSO RETRATO, ACOMODANDO CADA JOYA, Á UNA DE LAS PERFECTAS PARTES DEL BELLO ROSTRO DE FILOMUNDA. Y CÓMO POR FIN AMARGO DEL PLACER, VINO LA INFELIZ NUEVA DE LA DESDICHADA MUERTE DE DON JOSEPH FAXARDO. Estamos a 8 de septiembre, lunes. Se celebra el nacimiento de la Virgen María. Nada celebraron, debido a la triste-

38 Es un intento del autor por señalar los terrenos como dignificados por haber sido reales.

39 Francisco Diego de Bazán y Benavides, III Marqués del Viso.

za que dejó la partida del Faxardo. Dejan pasar hasta el 14 de septiembre. Es domingo. Las zagalas se conjuran para ir por la tarde a festejar a la damisela de El Lentiscar. Llegan y organizan un baile, que debería ser popular, pero por las descripciones de Campillo de Bayle, es absolutamente palaciego, con juegos de abanicos, hileras, parejas... hechas por las danzantes. Al final, dan en un juego, también absolutamente cortesano: un número que De Bayle no precisa, y nosotros no hemos contado, de zagalas, se apresta individualmente a un espectáculo o juego social. Puesta la danzante en el extremo opuesto del salón donde se haya Filomunda, le son vendados los ojos. Se le da un indeterminado número de vueltas, y danzando al son de un laúd, debe llegarse hasta donde está Filomunda y reverenciarla. Ninguna lo hace bien, claro. Las risas son la vestimenta del Gusto Último. Cuál acaba reverenciando a una puerta, cuál regresa al punto de partida... pero la dama regala a cada una una prenda de su ajuar, joyas, abanicos, ajorcas... Al final, el autor hace hablar a cada moza sobre el regalo recibido, y todas lo hacen alabando la parte del cuerpo de Filomunda para la que sirve la joya o presente regalado. Acabado el juego, un paje entona un canto juntando en verso y canto lo dicho por las mozas.

Pero, de inmediato, se presenta un correo oficial. Es del marqués del Viso. Indica que se retira a Cartagena para pasar a Madrid al servicio de la reina. Y que, don Joseph Faxardo ha muerto tras recibir un arcabuzazo en el pecho en la batalla habida en la isla de Santa Pola (hoy de Tabarca). Lloros, desmayos, quebrantos sin número. Es el Disgusto último, el duodécimo.

MUERTE DE DON JOSEPH FAXARDO EN LA PRESA QUE HIZIERON LAS GALERAS DE ESPAÑA, DE UNA POLACA DE SOBERBIOS TURCOS. Estamos a 10 de septiembre de 1670. Un soldado cuenta en El Lentiscar los sucesos del combate naval, en la isla de Santa Pola (Tabarca), con una polaca (barco menor) turca, que allí atracaba para hacer esclavos entre los desavisados pescadores de la costa de Elche. Bien, pues sale la Capitana, donde navegan el general (no menciona el nombre en ningún caso) y el teniente, don Joseph Faxardo. Hay tres navíos moros anclados en la isla, les acometen. Dos de ellos salen raudos. Otra, la menor de todas, la mentada polaca, se queda. La capitana ve ganado el combate y pasa gozosa por al lado de la polaca, que permanece quieta, como rendida. Pero no es así, al pasar por el costado, imprudentemente sobrada de triunfo, la polaca descarga toda su artillería sobre la Capitana, causándole bastante desperdicio. Las otras dos galeras españolas, Soledad y San Miguel, se aprestan a socorrer a su buque insignia. Pero don Joseph Faxardo, herido en su orgullo, ordena abordaje a la polaca. Sale con su fajín de oficial a cubierta y dirige el ataque. Un moro, con arcabuz, apuntando al pañuelón rojo, le traspasa el pecho. Cae entre los galeotes y luego de confesarse, muere. Ha salido con el confesor, el general, a quien logran los afri-

canos atravesar el muslo de otro arcabuzazo. Al final, ganan los cristianos, tras épica lucha, muy retóricamente narrada por De Bayle. Regresan a Cartagena. Desembarcan el cuerpo del Faxardo y lo llevan a San Ginés de la Jara, de donde es patrona la familia Faxardo, con los franciscanos. Ya no está el cuerpo de san Ginés, ascendiente de los Doce Pares de Francia, dice De Bayle, pero ahora, debajo del altar mayor se encuentra este héroe descendiente de los Pacheco y otros adalides.

EXEQUIAS DE DON JOSEPH FAXARDO QUE SE HIZIERON EN CARTAGENA. En este penúltimo capítulo, De Bayle hace gala de su arte versificatorio. Primero nos describe el magnífico túmulo que, a lunes 29 de septiembre, le hacen en la iglesia mayor de Cartagena,⁴⁰ a Faxardo. La mitad del capítulo se va en describir el túmulo, sobre gradas, al pie de cada una de las cuales hay un altar servido por dominicos, agustinos, franciscanos y diegos. El dominico Juan Ferrer oficia la misa principal, haciendo elegía y loa fúnebre del finado. Tercipelos negros, con alegorías de las virtudes cardinales y teologales, completan el monumento. Luego, a los pies, hay una mesa, repleta de poemas de las ingenios de la ciudad: una oda fúnebre en tercetos encadenados, ocho sonetos, una oda en estancias, un romance, una serie de cuartetos y unos jeroglíficos (especie de adivinanzas cultas) en honor del Faxardo.⁴¹ Todos ellos componen la segunda parte del farragoso capítulo, que escrito queda a mayor gloria, más que de Faxardo, del arte versificatorio del eclesiástico ilicitano con destino en Cartagena.

RECONOCE FILOMUNDA LO AMARGO, QUE LES SALIERON SUS GUSTOS. Y DESENGAÑADA BUELVE A SU CONVENTO. Las exequias prosiguen en El Lentiscar. De Bayle asemeja la gran mesa del salón con el mismo túmulo dejado en Cartagena. Mantel blanco y «vayetas» (servilletas) negras. Se retira Filomunda y recuerda la copla que le cantara el primer día el paje, augurando las desgracias. Luego rememora los doce gustos, seguidos de los doce disgustos, en un monólogo, empezado en segunda persona y terminado en primera. Comparecen sus padres y les comunica, entre sentencias calderonianas y gracianas, que quiere volverse al convento de Cartagena. Acceden, y las monjas asienten la vuelta, sobre todo Prudenciana, que al fin se ve vencedora. Filomunda vivió *con mucha alegría* se supone que el resto de sus días en la tierra.

40 Sin duda la de Santa María de Gracia.

41 José Fajardo Chacón de Toledo, comendador de Castellanos, caballero Orden de Calatrava. Nació en Palermo, y bautizado en la capilla de San Pedro, Palacio Real el 13 de enero de 1647, Falleció en 1670 en las galeras de España, peleando contra los turcos. Fue hijo de Pedro Fajardo, V Marqués de los Vélez, Virrey en Nápoles.

BIBLIOGRAFIA

- CAMPILLO DE BAYLE, Ginés: *Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena: sucessos varios, a modo de novelas, ilustrados con sentencias*, Valencia: Imprenta de Francisco Mestre, 1691.
- CAMPILLO DE BAYLE Ginés: *Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena*, Madrid: Colección Almenara, Imp. Gráf. González, 1949. Prólogo de Eulogio Valera Hervías.
- CAMPILLO DE BAYLE, Ginés: *Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena*, Murcia: Academia Alfonso X el Sabio (facsimil), 1983.
- DÍEZ DE REVENGA Francisco Javier y DE PACO, Mariano: *Historia de la Literatura murciana*, Murcia: Universidad, Academia Alfonso X el Sabio, Editora Regional, 1989.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Ginés: *Notas a Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena (novela del siglo XVII)*, discurso leído en su recepción pública en la Academia Alfonso X el Sabio de Murcia, Murcia, 1975.
- LAPESA, Rafael: *De la Edad Media a nuestros días: estudios de historia literaria*, Reseña de «Gustos y disgustos...», Madrid: Gredos, 1982.
- VAILLO, Carlos: «La novela picaresca y otras formas narrativas», en Francisco Rico (ed.), *Historia y crítica de la Literatura española*, Barcelona: Crítica, 1983.

